



# SOBRE EL CAMINO ESPIRITUAL

*Por Claudio Dossetti*

**A** veces las cosas que se consideran importantes en el mundo cotidiano no lo son en el camino espiritual, y las que son importantes en el Sendero Divino no lo son en la vida terrena.

Es por esto que en ciertas ocasiones, si intentamos pensar, hablar y actuar en el Sendero del Espíritu siguiendo las mismas reglas y usos que se aplican a la vida mundanal, es posible que inadvertidamente nos apartemos del camino. Acerca de ello podemos dar algunos breves ejemplos:

En el mundo es usual dar algo a cambio de otra cosa; en el camino espiritual se debería tender a dar sin esperar nada a cambio. Esta tendencia a la dación desinteresada constituye uno de los pilares de la Vida Divina; ella es expresión de la compasión y el amor universal, los cuales nunca deberían faltar en el corazón del buen discípulo. Además contribuye a que poco a poco se vayan diluyendo las barreras que nos separan de los demás. Nuestros hermanos los árboles dan sus frutos a todos sin pedir nada a cambio; nuestro Padre Sol da su luz, ca-

lor y vida a todos los seres en forma generosa, abundante y libre de egoísmo. Siguiendo su ejemplo nos estaremos asemejando a ellos, aunque más no sea que en una muy, pero muy pequeña medida, y de este modo —si el Señor así quiere— nos estaremos acercando un poco más a Dios.

En la vida cotidiana, cuando alguna pena o desdicha nos aflige, muy a menudo solemos buscar la causa en los demás o en las circunstancias que nos rodean; en la senda divina, cuando somos presa de alguna penuria, deberíamos buscar la causa en nosotros mismos. Como el Sendero Espiritual tiene sus raíces en nuestro propio corazón, es allí donde el buscador de Dios debería poner su atención y tratar de hallar las causas de todo cuanto le ocurre. Es decir, deberíamos tender siempre a dirigir nuestra atención hacia nuestro interior antes que hacia afuera.

En la vida terrena a veces puede ocurrir que alguien busque obcecadamente un determinado lugar, labor y compañía para ser feliz; en la vida divina deberíamos ser felices con el lugar que Dios nos da. El devoto del Señor sabe intuitivamente que debe aceptar la Voluntad de Dios, y que el lugar y las circunstancias en los cuales Él lo sitúa son —aunque a veces parezcan adversos—, lo mejor para su alma, siempre y sin duda alguna, ya que son los que mejor se adecúan a sus necesidades espiri-

tuales y los que de mejor modo lo ayudarán a acercarse al Señor.

En el mundo se considera bueno conocer muchas cosas; en la vida espiritual se considera bueno conocer una sola: Dios. El buscador de Dios sabe que acopiar en nuestro interior un exceso de nombres, acontecimientos, noticias, etc., pertenecientes al mundo, puede llegar a agobiar y encadenar al alma, impidiéndole la elevación hacia planos más sutiles y espirituales.

En el mundo a menudo se considera que tener muchos bienes (tales como dinero, objetos, etc.), es algo bueno; en el camino espiritual se enseña que acumular bienes y objetos por regla general es nocivo para el alma, y que tarde o temprano hará que nos alejemos del camino a Dios. Cada objeto que tenemos nos quita un poco de espacio en el corazón, y ese espacio deja de estar disponible para que lo habite el Espíritu. Es decir, deberíamos tener lo necesario, pero no mucho más que ello.

A veces puede ocurrir que perdemos algo que consideramos más o menos importante para nuestra vida en el mundo; tampoco deberíamos preocuparnos por ello. El *Brihadâraṇyaka Upanishad I, v, 15* nos dice que nuestra alma viviente es como el centro de una rueda, y que los objetos que poseemos son como los rayos y la periferia de dicha rueda. Es decir, las cosas (incluyendo nuestro propio cuerpo y nuestra mente), son

como accesorios o limitaciones —*Upadhis*— que se adosan al alma, pero que no constituyen su parte esencial. Así, perder algo material, en realidad no es sufrir pérdida alguna. Nuestra alma inmortal, en sí misma, es Dios, la Divina Realidad; todo lo demás es pasajero. Y hemos de tener en cuenta que si algo necesitamos, Dios Mismo nos lo dará en el momento oportuno, como si fuese un magistral artesano que añade con delicadeza y precisión un nuevo rayo al centro de la rueda de nuestro ser.

En la vida diaria a menudo deseamos que se cumplan los dictados de nuestra voluntad —aunque sean caprichosos y poco sabios—, y nos sentimos tristes o nos ponemos iracundos si ello no ocurre; dentro de un modo de vida espiritual no deberían ocurrir cosas semejantes. Es decir, deberíamos obrar pensando más en el bienestar de los demás que en el propio, actuando con constancia y dejando a un lado los deseos nacidos de los a veces empecinados intereses personales.

En el mundo a menudo se considera que el tiempo es algo muy valioso, y que lo que se siembra y se cosecha en tiempo es lo único real. En el camino espiritual se enseña que el tiempo es irreal, una ilusión, un espejismo, algo no eterno (*Anitya*), y que lo Real es Dios, que está más allá del tiempo y que es Eterno (*Nitya*). Dios está más allá del tiempo (el cual es uno de los hijos de *Mâyâ*, la Ilusión), del mismo modo en que el Sol está más allá de las estaciones del año. Lo que nace en el tiem-

po se diluye en el tiempo, y lo que nace de Dios es Eterno. De allí que el buen discípulo consagra su tiempo a purificar el corazón, a hacer el bien y tratar de estar un poco más cerca de Dios. Este es el modo en que nuestro paso por el reino de lo pasajero puede ayudarnos a acercarnos a lo que es Eterno.

Estos son sólo algunos pocos ejemplos de las diferentes actitudes que podemos adoptar frente a los variados acontecimientos de la vida. Cada día el Divino Señor nos sitúa ante hechos diversos: en cada caso hemos de procurar estar atentos y tratar de que bajo ninguna circunstancia nuestra mente se aparte del recuerdo de Dios.

¡Quiera el Señor que cada vez que en la vida nos ocurra algo —bueno o malo— lo afrontemos con un sentimiento de eternidad y espiritualidad, para que ese suceso nos sirva para acercarnos más a Dios!

*Om. Paz, Paz, Paz.*

*Por el Prof. Claudio Dossetti  
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*

---